

# *El sistema de estratificación social en la Costa Noroeste norteamericana a través del proceso de aculturación, 1774-1921*<sup>1</sup>

Leoncío CARRETERO COLLADO

Dentro de la antropología sociocultural existen dos cuerpos doctrinarios que tratan el área cultural de la Costa Noroeste Norteamericana de forma bien distinta. Para una mayoría, a un nivel de manual o no especializada claramente en este área, existían diversas culturas muy semejantes que vivían en un medio-ambiente rebosante de recursos fáciles, y que desarrollaron un curioso sistema de rangos con evidentes funciones redistributivas y adaptativas a su medio, en el que los esclavos no tenían otro valor que el decorativo, y en el que para conseguir un status elevado había que estar constantemente compitiendo por dar el *potlatch* más suntuoso y tener los más aparatosos postes totémicos. En cambio, para una minoría, la de los especialistas, cada uno de estos puntos —y muchos otros más particulares— no sólo está sometido a revisión, sino que es fuente de polémica abierta, produciéndose una aparente confusión a la que el corporativismo doctrinario y los intereses a veces científicos, pero muchas otras veces puramente académicos y políticos, parecen no poner límites. El debate en sí mismo está tan institucionalizado que cada polémica tiene su etiqueta, lo que de por sí es síntoma del revisionismo que se está produciendo —de lo cual debemos estar satisfechos por los frutos que antes o después se recogerán, a pesar de que algunos queden en el camino—, pero además pone de manifiesto la propia necesidad del replanteamiento global del estudio de estas culturas. En tales circunstancias, puesto que parecen haber llegado a ser tan tópicos los criterios clásicos de manual como las recientes polémicas, y dado que este artículo trata de adentrarse en una de las polémicas, la del «rango *versus* clase», se hace especialmente necesario

---

<sup>1</sup> El presente artículo es una versión sustancialmente corregida de una ponencia presentada bajo el título «La evolución del sistema de estratificación social en la Costa Noroeste desde el período del precontacto», en el *Coloquio Internacional Culturas del Noroeste*, celebrado en el Museo del Prado de Madrid, 11-13 de julio de 1988, organizado por el CSIC y la Comisión Nacional V Centenario.

establecer ciertas premisas que sitúen datos e interpretaciones en su contexto.

El estudio de las culturas indígenas de la Costa Noroeste Norteamericana está marcado por dos hechos especialmente significativos: fue el último área del continente americano en ser descubierto por los europeos, y su estudio especializado, intensivo y sistemático por parte de las ciencias sociales comenzó justo en el momento de la aparición de la antropología académica. Ambos hechos han tenido ventajas e inconvenientes. Al primero se debe que no existan fuentes históricas hasta un momento relativamente tardío en el conjunto americano y que en la década de 1880 Boas lamentase que éstas fueran las culturas menos conocidas de Norteamérica (Boas, 1982: 88); pero gracias a ello los indios pudieron conservar su propia cultura durante más tiempo. Al segundo se debe que existan estudios antropológicos de mayor profundidad, extensión y detalle que los documentos históricos, desde un momento muy temprano en perspectiva científico-social; pero también de ello se derivan unos inconvenientes específicos: a pesar de la admirable y voluminosa labor de Boas, lo rudimentario de sus teorías, métodos y fines, hizo que esos estudios en unos casos olvidaran datos que hoy serían de enorme valor, y en otros casos deformó aspectos de la realidad cultural indígena que hoy resultan poco menos que inalcanzables en las tareas de reconstrucción, al menos cuando se busca rigor, fidelidad y detalle. Esto no tendría un interés particular —en otros cien años, o quizá menos, probablemente se dirá lo mismo de la presente generación de investigadores— de no ser por la enorme influencia epistemológica y académica ejercida por los primeros patriarcas —especialmente en lo referente a la Costa Noroeste— lo que favoreció que durante muchos años se tomasen por verdades de fe datos e interpretaciones hoy cuestionados casi generalizadamente por la primera generación de antropólogos que han logrado independizarse plenamente de esa influencia. Ello explica en gran medida el reciente fervor de las polémicas y el revisionismo, que está produciendo avances insospechados hasta los años cincuenta en muy diversos aspectos (Adams, 1981).

Una de las características de los estudios clásicos sobre la Costa Noroeste es que con demasiada frecuencia producen la sensación de que tales culturas eran prácticamente uniformes (excepto las lenguas, algunos aspectos raciales, el sistema de parentesco y pequeños rasgos accesorios) y estáticas a lo largo del tiempo. Ello ha dado pie a dos de las polémicas más prolongadas: la de «diversidad *versus* "continuum" cultural» y la de «transformación *versus* continuidad cultural». La primera de ellas ha interesado particularmente a Wayne Suttles, que en fecha tan reciente como 1976 debía insistir en la pregunta «¿Qué Salish Costeros?», tratando de llamar la atención sobre las numerosas y significativas diferencias culturales existentes entre este macrogrupo lingüístico (1987: 102-3) —que obviamente se multiplican en el conjunto de todo el área—, y más recientemente ha

vuelto a insistir y profundizar en el tema (Suttles, 1987b). La clave la daba John W. Adams al señalar que lo que ha sobrevivido a lo largo de unos 5.000 años son «patrones culturales» y no «pueblos» (1981: 384). En otras palabras, la diversidad tiene que ver más con rasgos y elementos específicos, mientras el «continuum» tiene que ver con pautas culturales generalizadas en todo el área, especialmente las relacionadas con los patrones de subsistencia, economía, estructura (más que organización) social, política, ideología y arte. Precisamente esto es lo que sigue haciendo operativo el concepto de área cultural de la Costa Noroeste, y lo que posibilita los estudios sobre determinados aspectos culturales a lo largo de todo el área, como es el tema que nos ocupa.

La polémica de la «transformación *versus* continuidad» puede resultar a priori menos comprensible, puesto que ninguna cultura ha permanecido inalterable a lo largo del tiempo, y menos aún después de más de un siglo de contacto con una cultura como la Occidental. Así, resulta tan imprescindible precisar a qué Costa Noroeste nos referimos y a qué período de su historia, como cuando se habla de cualquier otra cultura. Pero en etnología estas variables aún no han alcanzado la importancia que tienen en arqueología y etnohistoria. Quizá la importancia exclusivista concedida al trabajo de campo (no sólo como aspecto metodológico de obtención de datos, sino también como rito académico de paso, en detrimento de otros métodos de recogida de datos), las dificultades para rastrear en él de forma sistemática procesos diacrónicos, los complicados mecanismos de la memoria selectiva de los informantes —que enmascaran u ocultan aspectos fundamentales para el científico que ocurrieron hace varias generaciones—, y el hecho de que esas culturas sean lo suficientemente exóticas —con lo que el interés de posibles lectores queda satisfecho—, son factores que han contribuido a ese resultado sincrónico. El peso de los patriarcas, la rutina y la reticencia a asumir académica y políticamente responsabilidades de antepasados, clase o grupo étnico en la destrucción de estas culturas, son otros factores que han contribuido a favorecer que hasta muy recientemente se pensara que en gran medida tales culturas habían sido siempre e invariablemente así. No es casualidad, por lo tanto, que la punta de lanza de las investigaciones más recientes esté representada por arqueólogos y etnohistoriadores.

Las culturas indígenas de la Costa Noroeste siempre han captado de forma especial la atención de los antropólogos, quienes las han situado en un lugar relativamente privilegiado dentro del cuerpo doctrinario tradicional de las ciencias sociales. Desde luego, no son ajenas a ello las circunstancias académicas mencionadas antes, pero esto tampoco puede restar importancia a las muchas peculiaridades que por sí solas, y por los problemas epistemológicos implícitos en ellas, pueden hacerlas ocupar ese lugar por derecho propio. Entre éstas se suelen destacar su sistema adaptativo a un medio tan espectacular, la expresividad de su arte, su complicado sis-

tema de organización socio-política (aunque el término «jefatura» pueda tener alguna operatividad clasificatoria no aporta nada sobre el funcionamiento interno del sistema) sobre la base de un sistema tecno-económico de subsistencia (sin agricultura o ganadería y dentro de un relativo o al menos supuesto aislamiento) y por contar con una institución tan singular como el potlatch. Pues bien, lo que interesa resaltar aquí de todo ello es que todos estos aspectos tienen un denominador común: en ellos están implícitos multitud de factores que son a la vez causa y efecto de los mecanismos de formación y consolidación de la desigualdad formal y permanente que configuran el sistema de estratificación social de la Costa Noroeste.

Sin embargo, no siempre se tiene suficientemente en cuenta que estos aspectos serán tanto más llamativos y peculiares cuanto más se deban a una evolución interna de las propias culturas o a una transformación en la que, aunque existan contactos con otras culturas de su entorno más próximo, los procesos de cambio se hayan desarrollado dentro de una autonomía cultural que permita su control de los cambios. En tal caso esos aspectos pertenecerían plenamente al sistema cultural aborígen al que los atribuimos; de lo contrario, ello sería el resultado de un proceso desigual de aculturación en el que los cambios no están controlados por esas culturas, sino por otras, y sería en éstas últimas donde deberíamos buscar los principales factores que han acabado produciendo los resultados culturales que observamos. Perdida la autonomía y el control de los factores que producen el cambio, el cambio resultante no puede atribuirse a un desarrollo cultural propio y autónomo, sino a un proceso de aculturación desigual en el que cada vez más rasgos y pautas culturales de la sociedad perdedora dejan de tener coherencia y legitimaciones internas, pasando a ser explicables únicamente dentro de una relación de dependencia cultural: una relación enteramente asimétrica controlada ya únicamente por la cultura colonizadora.

Por ello, excepto unos pocos casos en los que se especifica lo contrario, la gran mayoría de los estudios sobre la Costa Noroeste han tratado siempre de referirse a la reconstrucción antropológica de las culturas aborígenes. Pero el éxito y la fiabilidad de nuestros conocimientos sobre estas culturas aborígenes de la Costa Noroeste parece ser escaso a la luz de tanta polémica, aunque las investigaciones más recientes comienzan a arrojar resultados muy notables insospechados hasta hace bien poco tiempo. Ello se debe en gran medida al reconocimiento pleno de que cuando Boas llegó allí para hacer sus trabajos de campo habían transcurrido más de cien años de una dura aculturación, y que cuando él y sus discípulos fueron a completar sus estudios de «salvamento» etnográfico era porque esas culturas habían desaparecido casi por completo, no quedaban más que algunos vestigios culturales difusos y muy transformados, y el riesgo de desaparición cultural y física era inminente.

En este proceso de reconstrucción de la cultura aborígen los estudios clásicos cometieron errores de deformación al suponer que ciertos datos, hechos y circunstancias observadas a finales del siglo pasado y comienzos de éste eran propios de la cultura aborígen. De ahí vienen confusiones que sobrealimentan los debates generalizados que surgen recientemente sobre los más diversos aspectos de estas culturas. El objetivo de este artículo es tratar de aportar luz sobre una de las más agrias polémicas, la del «rango *versus* clase». La hipótesis que aquí se trata de defender es la de que en la sociedad aborígen existía un sistema incipiente de clases sociales que el proceso aculturador iniciado por europeos y desarrollado por euroamericanos transformó hasta darle una configuración de lo que se ha dado en llamar sistema de rangos, que es lo que encontraron los antropólogos clásicos y con tales características ha pasado a quedar estampado en las doctrinas antropológicas tradicionales. Tal hipótesis no es nueva. Fue apuntada por primera vez de forma consistente por Eugene E. Ruyle en 1973, si bien él entonces se ciñó exclusivamente al desarrollo del modelo operativo de ese incipiente sistema de clases, dejando meramente apuntada la evolución al sistema de rango, cuyos factores y procesos de cambio constituyen el principal objetivo en estas páginas <sup>2</sup>.

Evidentemente, como en toda generalización sobre tal diversidad de grupos y en un marco geográfico tan extenso, pueden objetarse variaciones específicas en el tiempo y el espacio, porque no todos los elementos del proceso de aculturación se producen simultáneamente ni con la misma intensidad en todos los lugares, pero consideramos que los datos y factores aquí presentados no llegan a deformar sustancialmente la realidad espa-

---

<sup>2</sup> Conviene señalar al respecto que este artículo de Ruyle ha sido sistemáticamente descalificado globalmente por la inmensa mayoría de especialistas en la Costa Noroeste, e ignorado incluso por quienes han abordado exactamente el mismo tema doce años después (Donald, 1985), a pesar de estar publicado en una revista de tanta difusión y prestigio como *Current Anthropology*. Esto sólo se explica porque existe cierto conservadurismo intransigente que controla las parcelas de poder estratégicas —también académicas— especialmente en esta región de Norteamérica. A este sector le resulta ofensivo contemplar unidos los conceptos de clase social y explotación, máxime si se añade ello a serias críticas a las teorías tradicionales defendidas por quienes controlan el poder académico. Así, la reacción más general ha sido tildar de marxista y conspirador al análisis y al analista (ver Ruyle, 1973, comentarios), condenándoles al ostracismo. El análisis de Ruyle es realmente revolucionario en su momento, pero no en el sentido que pretenden atribuir esos sectores. Sus premisas y su método son etnoenergéticos, no marxistas. Sus datos y resultados son tan sólidos que ni los más críticos han podido rebatirlos en ningún aspecto sustancial, y se van viendo confirmados en las investigaciones posteriores. Probablemente sean discutibles algunas de sus premisas, su método no sea definitivo y los datos incompletos en algún aspecto, pero ¿hay alguna obra de la que no pueda decirse lo mismo? En cambio sus resultados ofrecen una interpretación que por el momento parece ser más ajustada a la realidad cultural y a la naturaleza de los datos que ninguna interpretación precedente. Sin que aquí asumamos plenamente las premisas teóricas de Ruyle —aquí no pretendemos ir más allá de la hipótesis enunciada y los resultados avalarán en mayor o menor medida tal hipótesis— es evidente que su investigación ha posibilitado nuestra hipótesis, y en tanto que ésta se confirme se verá avalada la propia tesis central de Ruyle.

cial, temporal y cultural en ningún momento. El proceso es el mismo para todas las culturas y el resultado también, a pesar de ligeras variaciones temporales y locales.

Un estudio de esta naturaleza plantea problemas específicos y suplementarios a los métodos tradicionales de la antropología clásica, porque como señalaba Philip Drucker en 1951 —sobre experiencias de campo de los años treinta— «ningún informante moderno puede describir con detalle y fielmente las costumbres nativas, sus técnicas y cosas por el estilo de hace 150 años», por lo que debió precisar que su trabajo sobre los Nootka se refería a la cultura existente durante las tres o como máximo cuatro últimas décadas del siglo pasado (1951: 14-15). Por ello resulta obligado hacer caso de la advertencia de Ruyle de que, además de consultar los archivos etnográficos, nos adentremos «en el olor mustio de los viejos libros y el tabaco rancio» (1973: 605).

Las monografías clásicas solían hacer alguna referencia a las fuentes históricas, aunque éstas no pasaban de ser meramente testimoniales, sin ninguna pretensión exhaustiva o sistemática al respecto. A partir de Helen Codere (1950 y 1961), Garfield (1951), Suttles (1951), Laguna (1960) y otros más se comienzan a realizar estudios diacrónicos de forma más sistemática y con abundancia de fuentes históricas, aunque referidos a aspectos generalmente muy específicos. Es a partir de los años setenta cuando estos estudios adquieren una forma sistemática aplicada a la cultura de forma global, con trabajos como los de Erna Gunther (1972), Laguna (1972), Ruyle (1973), Van den Brink (1974) o Robin Fisher (1977). Y es precisamente entonces cuando comienza la mayor revisión de estas culturas, lo que ha dado lugar a las polémicas que aún continúan.

## **EL SISTEMA DE CLASES ABORIGEN**

No es necesario hacer aquí un análisis exhaustivo del sistema de clases aborígen, puesto que como ya hemos señalado, fue descrito por Ruyle con gran acierto. Recordaremos únicamente algunos aspectos esenciales e incluiremos algunos testimonios de viajeros españoles que son desconocidos para él y que confirman sus datos.

Boas nunca estuvo preocupado por las cuestiones específicas del debate que hoy nos ocupa, por lo que sus informaciones son insuficientes cuando no confusas. De ahí que sea citado como aval igualmente por los defensores de la teoría del rango como por los abogados del sistema de clases. Cabe destacar, no obstante, que siempre negó la importancia de la esclavitud, a cuyos miembros no consideraba incluso ni como parte de la sociedad indígena (citado entre otras innumerables obras en Ruyle, 1973: 604). Por continuar la costumbre señalaremos en nuestro favor que cuando nos describe la organización social *Bella Bella* ofrece una clasificación

que no sería descabellado traducir como jefes, nobles, plebeyos y huérfanos (Boas, 1924: 330-331), a los que habría que añadir los esclavos, a quienes, consecuentemente, ni siquiera menciona.

La teoría del sistema de rango fue descrita por primera vez por Philip Drucker (1939), y fue defendida y complementada por Codere (1957) y Fried (1967) entre otros, hasta convertirse en doctrina aceptada generalizadamente en la antropología clásica del Noroeste. Esta interpretación viene a decir lo siguiente: tras conceder a los esclavos la misma consideración que Boas, se añade que

No había clases entre los hombres libres, sino más bien una serie ininterrumpida de status graduados... Realmente había individuos a los que se les consideraba como superiores e individuos a los que se consideraba como inferiores. Los de alto rango se abstentían de tareas domésticas tales como acarrear leña y agua, llevaban adornos costosos y finos vestidos, y se pavoneaban siendo el foco de atención en todas las reuniones rituales. Pero esto no eran prerrogativas de clase; no estaba restringido a un grupo concreto; no existía un punto en la escala social a partir del cual eso se permitiera y por debajo del cual eso se prohibiera... En suma, no había clases de status en la sociedad de la Costa Noroeste. Cada individuo tenía su propio status particular dentro de una escala graduada de mayor a menor; el status de cada persona tenía sus propios atributos y éstos no eran equiparables a los de ningún otro. Insistir en el empleo del término «sistema clasista» para la sociedad de la Costa Noroeste significaría que habría que afirmar que cada individuo constituía una clase en sí mismo (Drucker, 1939: 55-6, 58).

Helen Codere afirmaba que no existía otra clase que la de los plebeyos (1957), y Fried, elaborando una teoría más general de la organización política, distinguía entre sociedades «de rango» y «estratificadas». Las primeras serían aquellas «en las que las posiciones de los status valiosos están de algún modo limitadas, de manera que no todos los que tienen suficiente talento para ocupar tales status los obtienen en realidad» (1967: 109); mientras que las segundas serían aquellas «en las que los miembros del mismo sexo y edad equivalente no tienen igual acceso a los recursos básicos que sustentan la vida» (1967: 186). La Costa Noroeste es considerada como ejemplo clásico de sociedades de rango (Fried, 1967: 218).

Sin embargo, esta interpretación no parece corresponderse con los datos que hoy disponemos sobre la estratificación social de la Costa Noroeste a lo largo de varios milenios. Los arqueólogos, de quienes la antropología clásica no esperaba logros de interés debido al carácter rápidamente perecedero de la mayor parte de la cultura material de estas sociedades, están encontrando diversas evidencias de una significativa diferenciación y *estratificación social en este área desde hace al menos tres mil años* (Ames, 1981; Inglis & MacDonald, 1975: 34), y hoy parece que el «patrón cultural de la Costa Noroeste» estaba ya consolidado hace como mínimo dos mil años (Ames, 1981: 801). Aunque los datos al respecto sigan siendo aún bastante fragmentarios, los resultados no parecen ofrecer lugar a dudas. Y si

tenemos en cuenta los mecanismos internos y externos de evolución de las sociedades propuestos por Flannery (1975), como la guerra, la promoción, la linealización, etc., y aún aceptando que la aparición del rango precediera a la consolidación de «patrón de la Costa Noroeste» (como defiende Ames, 1981: 801), resultaría muy improbable que las sociedades de la Costa Noroeste hubieran permanecido estáticas en un nivel de sociedades de rango (suponiendo que el concepto sea operativo empíricamente) durante tres mil años al menos. Por tanto, las pruebas arqueológicas parecen apoyar las tesis del sistema de clases, aunque aún los resultados no ofrecen suficiente claridad sobre cómo y cuando aparecen éstas.

Los relatos de los primeros viajeros europeos que contemplaron estas sociedades nos describen un panorama social en el que destacan la importancia de la esclavitud, las guerras y unas clases sociales bien definidas. Así, por ejemplo, en 1775 Mourelle de la Rua observaba

El régimen de estas gentes consiste en observar los órdenes de un Capitán que dispone se repartan parte de las gentes en el mar y en la tierra para buscar el preciso mantenimiento para todos... El dominio parece se extiende a sólo su pueblo o ranchería, montes y playas confinantes, manteniendo guerra con otros varios, contra quienes pedían ayuda haciéndonos señal de que ellos se alegrarían llevarnos para sujetarlos (Mourelle, 1971a: 184).

Bodega y Quadra se expresaba en términos semejantes (1943: 112), Cook para nuestros propósitos sólo se refiere a un «gran jefe» (1982: 63), Esteban José Martínez, uno de los más finos observadores de estas culturas nativas, en 1789 añadía, entre otras muchas cosas, que:

Los hombres para casarse solicitan las mujeres, con sus propios padres, a quienes las compran, y los jefes ejecutan lo mismo: buscando sus mujeres e hijas de otros capitanes, de distinta ranchería y familia... no siéndoles permitido a la gente común el uso de más mujer que una, y sólo a los jefes o tays se les consienten dos o tres (Martínez, 1964: 120).

Pero es José Mariano Moziño, a quien debe considerarse el primer etnógrafo de campo de la Costa Noroeste sin desmerecer en nada a los académicos que le siguieron un siglo después, quien nos ofrece las observaciones más completas y afinadas:

El gobierno de estas Gentes puede rigurosamente llamarse patriarcal, pues el Gefe de la Nación hace á un mismo tiempo los oficios de Padre de familias, de Rey, y de Sumo Sacerdote, que siendo tan estrechos entre sí los enlaces de estas tres Dignidades, que reciprocamente se sostienen vna á otra, y todas juntas apoyan la autoridad del Monarca, ó del Gobernador que lo representa en las Rancherías distintas de la que le sirve de corte, y creen que deven este sustento á la intercesión del Soberano para con Dios. De aquí es que confundiendo vnos con otros los derechos políticos, y de Religión fundan la base de vn sistema, que á primera vista parece mas espotico que el de los califas, y que no deja de serlo bajo ciertos aspectos, siendo moderadísimo en otros (1913: 20).

El Tays nunca trabaja, y aun para velar sobre los que estan encomendados a la Pesca, destina ordinariamente á alguno de los Kac-la-tis. El es el primer



Ministro de los Sacrificios, y el Depositario principal de los secretos de la Religión (1913: 21).

Crean que la alma es incorporea, y que despues de la muerte tiene que pasar a vna vida eterna, mas con esta diferencia, que la de los Tayses, y principales mas allegados va á vnirse con la de sus Ascendientes á la gloria en que recibe Quautz teniendo suerte contraria los Pleveyos o Mes-chi-mes á quienes aguarda el Ynlfierno llamado Pin-pu-la cuyo príncipe es Yz-mi-tz... Los Tayses abandonados á la laciúa, los glotonos, los negligentes en ofrecer sacrificios, los perezosos para la oración, tienen en fin de su vida la miserable suerte de vn pleveyo. La diversidad que hay entre esta, y la de los Príncipes influye en la distinción que se advierte de sus ritos sepulcrales... (1913: 23-24).

La Dignidad de Tays es hereditaria de Padres á hijos, y pasa regularmente á estos luego que estan capaces de gobernar, y aquellos se sienten abanzados en la edad (1913: 26).

La poligamia está establecida entre los Tayses, y Príncipes. Katlate, que tienen vna marca de grandeza el comprar y mantener varias mugeres... Su adquisición es muy costosa en los Tayses... Los Meschimes se hallan casi siempre imposibilitados para sufrir estos gastos, pues no siendo dueños del fruto de su trabajo, sino de vna parte muy pequeña, jamas pueden colectar el Dote, y así muchos de ellos mueren sin casarse, y los pocos que logran mejor suerte deven contentarse con una sola muger que reciben de mano de sus Príncipes, como premio de sus servicios (Mozíño, 1913: 27).

Datos que confirman y complementan estas afirmaciones se encuentran en todos los diarios de los primeros viajeros. Todos hablan de caciques, caciques secundarios, jefes, jefes secundarios, caudillos y/o capitanes en tanto que opuestos a súbditos o plebeyos (cf., además, Arteaga, 1975; Mourelle, 1971b; Caamaño, 1975, o Malaspina, 1984, por citar algunas fuentes españolas más). Las referencias a compras o regalos de personas (esclavos) no son menos abundantes. Los mismo puede decirse de la belicosidad y las guerras, que ellos mismos padecían frecuentemente (cf. especialmente Malaspina, 1984: 245, 256-62, y Mourelle, 1971b: 241-50). En otras ocasiones se mencionan empalizadas que fortifican y defienden los poblados (Bodega y Quadra, 1943: 123; Mourelle, 1971b: 236). Un análisis de esta actitud de llevar en una mano las armas y en la otra artículos de comercio o intercambio parece dar la razón a Brian Ferguson (1983) y su tesis de que el intercambio redistributivo era una respuesta a la constante amenaza de guerra.

No resulta tan sorprendente la coincidencia de las fuentes históricas del último cuarto de siglo del siglo XVIII como el abandono a que habían sido condenadas por la antropología clásica de la Costa Noroeste. Militares, sacerdotes, hombres de ciencia y comerciantes se corroboran y complementan entre sí en sus informaciones. Las órdenes que tenían todos ellos eran las de informar lo más adecuada y detalladamente posible de la geografía, los recursos y las costumbres de los indígenas. Por supuesto, no todos tenían la misma fineza en la observación, y no todos los aspectos de la cultura están descritos con la misma precisión y detalle. Pero si algo captó el interés de todos —no en vano tenían órdenes de ello— y si de algo

tenían un conocimiento adecuado para la época, como todo individuo de cierto nivel educativo bien socializado en una sociedad tan estratificada y compleja como la Occidental —además de conocer todos ellos al menos cierto número de sociedades indígenas americanas— era de cuestiones relativas al status y la estratificación social.

Así, de las fuentes históricas se desprende que en las sociedades indígenas de la Costa Noroeste había una esclavitud con un peso demográfico, económico, social y político bastante significativo; lo cual permitiría por sí solo confirmar que en estas sociedades había al menos dos clases sociales: los esclavos y los hombres libres (Donald, 1985: 241). Pero, además, se observa que incluso entre los hombres libres también existían grandes diferencias en las posibilidades reales de acceso a los recursos de subsistencia, a la reproducción biológica, al poder político y al control de lo sobrenatural, por lo que incluso teniendo en cuenta únicamente la definición de clases de Fried, habría que incluir a estas sociedades entre lo que él considera sociedades «estratificadas». Pero, además, de las fuentes se desprende que tal acceso diferencial a los más diversos aspectos de la cultura —o explotación— existía dentro de cada sociedad y con respecto a otras sociedades; que el acceso diferencial o los privilegios eran hereditarios, siendo por tanto el status adscrito por nacimiento y escasas las posibilidades de movilidad social debido a la endogamia de grupo o estamento, por lo que tal explotación no era casual ni temporal, sino que era de por vida y hereditaria para la gran mayoría de individuos integrantes de estas sociedades. Resulta entonces que se encuentran aquí todos los requisitos exigidos en las diversas definiciones de clases sociales que manejamos hoy día (Ruyle, 1973: 607; Donald, 1985: 241-42), aunque haya que admitir que en un estado incipiente.

Esto fue lo que sacó a la luz Ruyle en 1973 al consultar de forma relativamente sistemática las fuentes históricas, y esto mismo va siendo confirmado por otras vías y por otros investigadores como Adams (1973a: 1973b cit. en 1981: 370) y Donald (1985) entre otros. El estudio del proceso posterior de cambios debidos a la aculturación no hace sino confirmar los mismos resultados prolongando la línea de investigación, porque sólo si existían tales clases sociales —nobles, plebeyos y esclavos— resulta coherente y explicable el proceso de cambio y los resultados de la aculturación.

## **EL PERIODO DE LA ACULTURACION (1774-1849)**

Hasta 1950 no se había establecido periodización alguna para las culturas de este área. Fue Helen Codere (1950 y 1961) quien primeramente puso al descubierto diversas fases en el proceso de cambio del potlatch: Prepotlatch (1770-1849), Potlatch (1849-1921) y Post-Potlatch (1921-1955). Pero el potlatch no es más que una parte de todo el complejo cultural y el

esquema resulta insuficiente. Ruyle (1973: 608) proponía otros tres períodos que pretendían ya tomar como referencia todo el marco cultural: Pre-contacto (antes de 1785), Comercio de pieles (1785-1860) y Aculturación (1860-hoy). Pero el comercio de pieles no fue el único fenómeno resultante del contacto, y la aculturación comenzó a producirse desde el primer momento del contacto. Otros, como Fisher (1978) hablan de dos períodos: Comercio de pieles (1770-1849) y Asentamiento blanco (1849-1890), con dos subperíodos cada uno. Pero estas denominaciones parecen poner el énfasis en una perspectiva del occidental, más que en el propio proceso de cambio de las culturas indígenas objeto de estudio. Con esta perspectiva y considerando que los cambios afectaron a todo el sistema cultural indígena, es necesario buscar conceptos que engloben por igual el proceso progresivo de dominio blanco y el proceso de cambio y posterior destrucción de las culturas indígenas en cuanto sistema global integrado, aunque permanecieran ciertos rasgos aislados o deformados. Así, puede resultar más operativo —reflejando los hechos con más fidelidad— hablar de cuatro grandes períodos: Aculturación (1774-1849), Etnocidio (1849-1921), Occidentalización (1921-1950) y Resurgimiento indígena (1950-hoy). Nos referiremos aquí exclusivamente a los dos primeros períodos, porque es en el segundo cuando las culturas indígenas quedan desintegradas y cuando comienzan los trabajos de campo de la etnografía académica.

El período de la aculturación se caracteriza por el intercambio intensivo de elementos de cultura material que promocionan el poder y el status de ciertos jefes de determinados grupos. Hay una continuidad cultural en un proceso de cambios en gran medida deseados y controlados automáticamente por los indígenas, en el que se intensifican el comercio, la explotación de los recursos y la estratificación, unido a una pérdida significativa de la población (Grumet, 1975: 301-2).

En este período la relación indios-euroamericanos es simétrica, igualmente beneficiosa para ambos, y los indios siguen teniendo el control de la situación y la capacidad de elegir los cambios que les interesan dentro de sus patrones culturales autóctonos. «Hubo cambios, del mismo modo que los hubo antes de la llegada de los europeos... pero hasta donde ha sido posible determinar, los desarrollos tomaron directrices existentes, antes que otras nuevas» (Fisher, 1978: 17). Los comerciantes no tenían una intención premeditada de producir cambios sustanciales en la cultura indígena, aunque hay dos aspectos que tratan de controlar en alguna medida en cuanto que pudieran interrumpir la caza y el comercio de pieles: la guerra y los ceremoniales de invierno. Pero los comerciantes no tenían la suficiente fuerza como para hacer efectivos sus deseos.

Los grupos entre los que recalcan los barcos regularmente se convierten en intermediarios entre los barcos y otros grupos de la costa interior, al haber agotado sus pieles de nutria marina en muy pocos años. Ello produce un incremento del comercio y un posible incremento de conflictos

intergrupales. Se produce también un incremento en la explotación de los recursos alimenticios ante la necesidad de aprovisionar regularmente a los barcos. La entrada del alcohol y las armas de fuego incrementó las ofensas y reyertas internas, lo que unido a epidemias de enfermedades exóticas para ellos, debió llevar a una pérdida demográfica que hacia 1835 podría calcularse en un 40 %<sup>3</sup>. El aumento de la producción y de las defunciones incrementó sin duda la frecuencia y la exhuberancia del potlatch (Grumet, 1975).

En la década de 1830 se añaden a los barcos regulares de la Hudson's Bay Company, los comerciantes de Boston y los balleneros, puestos comerciales permanentes en tierra. Los rusos estaban en Sitka y la Hudson's Bay establece Fort Stikine y Fort Taku en territorio Tlingit, Fort Nass (que es pronto trasladado a Fort Simpson) en territorio Tsimshian Costero, y Fort McLoughlin en territorio Heiltsuk (Bella Bella). Con ello no sólo se produce un contacto más permanente e intenso que produce mayores cambios en la cultura indígena, sino que se ponen las bases para que se lleve al asentamiento blanco en el territorio, con el consiguiente incremento de los factores de fuerza blancos y la progresiva pérdida del control de la situación por parte de los indígenas.

Estas nuevas relaciones comerciales son deseadas con avidez por la mayoría de los jefes indígenas (Jewitt, 1807). Unos grupos se especializan cada vez con más exclusividad como intermediarios de ese comercio, y otros como cazadores para conseguir pieles e indirectamente bienes de consumo euro-americanos. Pero la riqueza que ello trajo consigo se repartió desigualmente entre intermediarios y cazadores, en beneficio de los primeros. En ambos casos se produce una mayor especialización y una mayor dedicación a actividades que antes no exigían tanto tiempo.

Respecto a la estratificación cabe destacar especialmente los siguientes cambios en este periodo:

a) Mediante el monopolio y las ventajas del intermediario se incrementa el poder y el status de los jefes en cuyos territorios hacen escala los barcos o se instalan puestos terrestres, en detrimento de otros jefes y grupos. Tal fue el caso entre otros de los jefes Maquinna (de los Mochaat) y de Wickennanish (de los Clayoquot) entre los Nootka.

<sup>3</sup> Aunque los datos y estimaciones demográficas de la Costa Noroeste son aún poco fiables, y menos cuanto más nos alejamos en el tiempo, teniendo en cuenta únicamente las cifras ofrecidas por Swanton (1952), Hodge, ed. (1968) y Van den Brink (1974: 23), se concluye que hacia 1835 quedaba reducida la población aborigen a un 65 % de la registrada entorno a 1780. Pero estos últimos datos deben ser revisados a la alta en gran medida, porque resulta evidente que los reconocimientos no fueron sistemáticamente exhaustivos. Así, por ejemplo, Swanton registra la cifra de 5.500 Tsimshians en 1780, cuando Grumet (1975: 298-99) estima entre un mínimo de 5.000 y un máximo de 10.000 la población de los Tsimshian Costeros en la misma fecha. A ellos habría que añadir los Tsimshian del Sur, los Niska y los Gitksan. Si esto es así —y probablemente suceda lo mismo con los Kwakiutl y Haida al menos— las pérdidas demográficas en este periodo habrían sido muy superiores.

b) El deseo de controlar el monopolio o de sacar el mayor rendimiento al rol de intermediarios aumenta progresivamente el sedentarismo, especialmente entre estos grupos beneficiados —entre los Salish Costeros este fenómeno se produjo más tarde (Suttles, 1951).

c) *Con el fin de beneficiarse de este comercio, acude a los puestos otra serie de grupos segmentarios que tratan de establecerse en ellos mediante lazos de matrimonio y alianzas de diverso tipo con los primeros intermediarios, lo que lleva a concentraciones de población no frecuentes anteriormente, y que ahora son más permanentes por el sedentarismo. Ello produce dos consecuencias inmediatas: por un lado, los grupos más próximos llegan a confederarse para afianzar su posición ventajosa y para evitar disputas internas; por otro lado, los grupos privados de tales ventajas tratan de sacarlas por otros medios, elevándose o al menos manteniéndose la conflictividad bélica intergrupal. Lógicamente, los conflictos bélicos reales o latentes que crean tensión permanente tienden a favorecer la concentración de poder en manos de ciertos jefes.*

d) El mayor control comercial y político ejercido por la confederación produce otros dos efectos: además de incrementar los conflictos con los demás grupos, se modifica el sistema de estratificación, ya que antes el status no tenía otro ámbito que el local, y ahora es intergrupal, dentro del conjunto de la confederación, lo que suele promocionar dentro de ella al jefe propietario originariamente del asentamiento, y al resto de los jefes de la confederación con respecto a los que quedan fuera.

e) Los comerciantes tratan de promocionar a individuos que les son más dóciles, produciéndose conflictos con los líderes hereditarios, lo que, aún en escasa proporción, comienza a cuestionar el antiguo sistema hereditario ante la riqueza adquirida por los nuevos ricos. Se produce así un ligero incremento en las posibilidades de movilidad social de un modo que era ajeno al sistema tradicional.

f) *Se producen traslados y cierres de puertos y puestos comerciales que provocan repentinas y fortísimas oscilaciones en la capacidad de control económico, de poder político y consecuentemente de status, según salga cada grupo beneficiado o perjudicado con los cambios. Las consecuencias de ello aún son más intensas para los perjudicados, ya que para tratar de mantener sus relaciones comerciales —aún a través de intermediarios— deben incrementar su producción de ciertos objetos tradicionales o iniciar nuevas formas de producción antes completamente ajenas. Así, los Haida habían agotado por completo sus animales de pieles; los comerciantes se alejan y desde 1831 se concentra el comercio fundamentalmente en torno a Fort Nass y después en Fort Simpson, por lo que trataron de mantener sus redes comerciales mediante el cultivo de patatas y tabaco para la exportación, y haciendo nuevos y mayor número de objetos artísticos para el comercio exterior, como los objetos de argilita, reproducie-*

ciones de postes, pulseras, pipas de fumar, baúles, canoas, etc. (Fisher, 1978: 44; Van den Brink, 1974).

g) La nueva entrada de riqueza y las mejores herramientas importadas traen mayor número y exhuberancia de las fiestas, además de una mayor especialización y promoción de ciertos roles como el del artista.

h) La elevada mortandad y traslados como el de Fort Nass a Fort Simpson exigieron un gran número de potlatches mortuorios y de construcción de casas en un cortísimo espacio de tiempo, lo que llevó a la bancarrota a muchas familias «que tuvieron que ponerse bajo la tutela de jefes más poderosos» (Grumet, 1975: 305), con lo que se incrementó la movilidad social y la promoción de ciertos jefes a un status aún superior, a la vez que otros perdían el status privilegiado para sus hijos.

i) Ante el cúmulo de desastres consecutivos (epidemias, guerra, violencia y ofensas internas por el alcohol y las armas de fuego, etc.) se produce también un incremento de la frecuencia y la extravagancia de los potlatches de reparación de ofensas, de los ceremoniales de invierno y las representaciones rituales.

j) El volúmen de circulación de artículos europeos va creciendo geométricamente, pero va circulando por un número de individuos que se va reduciendo drásticamente, lo que provoca la saturación de los circuitos comerciales y redistributivos, lo que lleva a extravagantes distribuciones de regalos en todos los tipos de potlatch, y a la aparición de nuevos tipos de potlatch: fiestas de ron, fiestas de puro desafío y derroche, etc. (Grumet, 1975).

k) Las grandes pérdidas demográficas, el creciente volúmen de artículos europeos en circulación y la creciente dedicación exclusiva a tareas relacionadas con ese comercio hacen perder en la misma proporción la importancia que anteriormente tenían las actividades de subsistencia dentro del sistema socioeconómico indígena. Y en la misma medida los indígenas van perdiendo el control del funcionamiento de su propia cultura, que ahora pasa a depender cada vez más irreversiblemente de las leyes del mercado internacional.

l) Las grandes pérdidas demográficas dejan vacantes status o títulos nobiliarios —cuyo número era fijo—, lo que permite —junto a las nuevas posibilidades de enriquecerse enrolándose en barcos, por ejemplo— que individuos nacidos plebeyos, y que en la situación originaria lo hubieran seguido siendo de por vida al igual que sus descendientes, lleguen ahora a nobles y jefes. Las posibilidades de movilidad social comienzan ahora a hacerse generalizadas para el conjunto de la población.

ll) Ante tantas calamidades que ya dejan entrever la posibilidad de muerte del sistema cultural e incluso de los propios indios, la guerra desaparece a finales de este periodo, y con ella una de las fuentes principales de producción y obtención de esclavos.

Evidentemente, todos estos factores de cambio y los propios cambios

son más intensos cuanto más nos acercamos al final de este período, en el que lo que comenzó como un comercio y cambios culturales deseados y en gran medida controlados, acaba escapándoseles de las manos a los indios, en un proceso que en este momento aún no era irreversible.

## **EL PERIODO DEL ETNOCIDIO (1849-1921)**

Con el comienzo del asentamiento de los blancos en este área se inicia un período en el que la cultura indígena queda en una dependencia irreversible respecto a Occidente. Este período se caracteriza por la despoblación indígena, el predominio de la economía euroamericana y la desaparición de las clases sociales, aunque el rango permaneció.

Entre los años 1849 y 1921 se produce un cambio fundamental en la actitud y la posición de los euroamericanos respecto a los indios, con consecuencias trágicas para los últimos y sus culturas. Si para los comerciantes los indios eran primitivos, pero amigos y cooperantes en una empresa beneficiosa para ambas partes, para los colonos, que deseaban las tierras indias, los aborígenes son enemigos hostiles que obstaculizan sus pretensiones. *En un proceso gradual, pero cada vez más intenso y generalizado*, los indios pierden sus tierras a manos de los colonos, y en muchos casos sus vidas a manos de los buscadores de oro.

La presencia de los colonos y buscadores de oro alteró radicalmente la sociedad india, aunque estos cambios fueran el resultado indirecto de otros objetivos de los blancos. En un principio, los colonos no llegaron con una política específica para transformar la cultura india, aunque los indios no contaban para nada en sus proyectos de futuro. Sin embargo, los misioneros desarrollaron deliberada y conscientemente planes específicos para la aculturación completa y sistemática de los indios (Usher, 1974). Ellos y los administradores eran parte de la vanguardia colonizadora y exigieron mayores concesiones de los indios. Su objetivo era la completa destrucción del modo de vida tradicional indígena, y lo hicieron de forma aún más agresiva que otros grupos de blancos (Fisher, 1978: 145). Los administradores *servían a los fines de los colonos y misioneros, y casi nunca tuvieron en cuenta los intereses de los indios*, que hacia 1860 habían perdido ya toda posibilidad de elección o control de la situación: no podían adaptarse selectivamente a la cultura extraña que destruye la suya, su cultura ha quedado destruida, pero tampoco se les ofrece la opción de integrarse en los proyectos euroamericanos. La relación es ya completa e irreversiblemente asimétrica en perjuicio de los indios, que hacia 1880 estaban ya todos reducidos en reservas. Finalmente, la cláusula 3.<sup>a</sup> de la ley de 1884, que enmendaba la Ley de Indios de 1880 en los Estatutos de Canadá, establecía que «todo indio u otra persona que colabore o asista a la celebración del festival indio conocido como *potlatch*, o en la danza india conocida como el

“tamanawas” es culpable de delito y será condenado a pena de reclusión» (Fisher, 1978: 207). Aunque en un principio las imprecisiones legales y los escasos medios policiales hicieron difícil el cumplimiento de la ley, esto no era más que un exponente de la intención de destruir la cultura india incluso con todos los medios legales al alcance. Tales propósitos se consuman satisfactoriamente en la década de 1920, cuando se alcanzan las cotas demográficas más bajas de la población india. Como concluye Fisher (1978: 211), «hacia 1890 la British Columbia estaba en el umbral de su segundo “bum” de desarrollo, pero “El Gran Potlatch” fue uno al que los indios no fueron invitados».

Hacia 1890 las culturas indígenas nativas habían desaparecido por completo en tanto que sistemas integrados de patrones de comportamientos aborígen, si bien algunos rasgos continuaron existiendo de forma aislada, cada vez en menor número, y en todo caso dentro de un sistema desintegrado, completamente dependiente de la cultura euroamericana, dentro de la que formarían una especie de subcultura mestiza. Desde luego, siguieron existiendo indios aborígenes de la Costa Noroeste, cuyos descendientes comenzaron hacia 1950 a tratar de revitalizar algunos rasgos de la cultura aborígen, pero esta cultura, aunque no se pueda negar que es india, poco tiene que ver con la cultura indígena originaria y autóctona.

Los cambios que se producen en este período podrían enumerar una lista interminable, pero respecto a los aspectos más directamente relacionados con la estratificación social, podemos destacar los siguientes:

a) Con la guerra desaparece una de las principales fuentes de aprovisionamiento de esclavos —junto con el comercio—, uno de los factores decisivos que impulsaban el intercambio y la relativa redistribución de recursos (Ferguson, 1983) y de recolocación de los hombres libres en los lugares donde se encontraban los recursos (Ruyle, 1973: 626; Adams, 1981: 385; Suttles, 1987b: 248), y uno de los factores generadores y legitimadores del status y el poder tradicionales en la sociedad aborígen.

b) Desaparece por completo la esclavitud. El número de esclavos de la sociedad aborígen es otro punto en discusión, aunque en ningún caso se pueda hablar de un «modo de producción esclavista» en la Costa Noroeste. Las recientes investigaciones de Mitchell (1985) arrojan un 5 % global de esclavos, si bien desigualmente repartidos en favor de los grupos más poderosos, en los que podían llegar a constituir un 30 %. En cualquier caso hay que admitir su importante papel como fuerza de trabajo y como agentes de prestigio y control social y político en favor de los jefes (Jewitt, 1807; Ruyle, 1973: 613-14, 626). Sin la clase social más fácilmente clasificable y dominable, las tareas más serviles pasan a desempeñarlas los hombres libres, lo que acentuaba la apariencia de igualdad social, o al menos de diferencias sociales puramente semánticas, al no existir uno de los rasgos más claros de la estratificación. Los jefes perdían no sólo un símbolo de status, sino una de sus principales fuentes de riqueza y poder.



c) La pérdida de sus tierras es un factor que por sí solo destruía completamente su modo de vida tradicional, su sistema de subsistencia y la mayor parte de su identidad social y psicológica, por la pérdida de control sobre todos y cada uno de los aspectos de la cultura. Esto es otro de los factores que contribuían a proyectar la imagen de que el status y el poder de los jefes era puramente nominal, ya que se eliminaba uno de los factores principales que legitimaban el status y el poder de los jefes. Así, las diferencias en las posibilidades reales de acceso a los recursos que sustentaban la estratificación social originaria, desaparecen. Y de este modo se van limando por arriba y por abajo las diferencias en la estratificación social en la medida en que se va perdiendo el control sobre todos los aspectos de su sistema cultural.

d) Los jefes eran manipulados para servir al gobierno de los colonos. Si un jefe ponía dificultades en las negociaciones, los administradores del gobierno elevaban a la «jefatura» a una persona más doblegable. Surgió así una nueva clase de líder indio: alguien que no estaba cualificado necesariamente de acuerdo con el patrón indio, pero que cumplía el rol de mediador con los blancos. Esto supuso el comienzo de un desarrollo que dio como resultado que el título de «jefe» significara para muchos indios un hombre designado por un funcionario del gobierno para dirigir los asuntos de la reserva (Fisher, 1978: 173). De este modo no sólo se perdía más completamente la autonomía política aborigen, sino que se había generado una inflación de «jefes» e incrementado el número de factores de movilidad social.

e) Una vez confinados en reservas, la autoridad de los jefes se ve debilitada aún más, ya que las decisiones las debe tomar ahora un consejo en el que cada hombre tiene un voto y no hay elementos cualitativos que valgan. Los conflictos de competencias se incrementan aún más ante la aglomeración de tribus de diversa procedencia en las reservas, cada uno de cuyos jefes trataba de izar su bandera por su lado en las ocasiones importantes (Van den Brink, 1974: 67). Se consolida ahora generalizadamente un nuevo cambio en la estratificación: si antes el status tenía como marco de referencia el grupo de asentamiento y el grupo de parentesco (Suttles, 1963: 513), ahora se hace necesario organizar la nueva jerarquización teniendo en cuenta, además, la «tribu» a la que se pertenece (Drucker, 1939: 57-8), constituyéndose un sistema de estratificación global (Codere, 1961) y no sólo local. Así, por ejemplo, en este período Rohner y Rohner (1970: 77-79) describen el siguiente orden jerárquico por tribus: 1-Kwakiutl, 2-Mamalelekala, 3-Nimkish, 4-?, 5-?, 6-?, 7-Tsawatenok, 8-Koeksotenok, 9-Guauacnok, y 10-Hahuamis. Además, los jóvenes consiguieron tomar parte en los asuntos de la reserva y los jefes no podían hacer cumplir su anterior autoridad, que había pasado a manos de misioneros, policías, agentes y magistrados de la sociedad euroamericana.

f) Los matrimonios comienzan a hacerse al modo occidental, aban-

donando el antiguo sistema de matrimonios pactados entre padres y parientes. Esto era una consecuencia lógica de que ya se hubiera perdido la necesidad de mantener la antigua red de intercambios y alianzas sobre la base de lazos de parentesco entre diversos poblados y nichos ecológicos (Suttles, 1963). Y, a su vez, ello abre las compuertas indiscriminadamente a una generalizada movilidad social, complicando altamente las formas anteriores de distinguir diferencias de clase.

g) Aparece el conflicto generacional: los jóvenes deben ahora asistir a escuelas del gobierno o de iglesias, separados de sus familias, y ante las negras perspectivas de su cultura acaban por aceptar muchos de los elementos y las ofertas de la cultura occidental, no estando dispuestos a aceptar la autoridad de los jefes y los mayores en lo referente a las «buenas costumbres». Sin sus tierras, la mayoría comienza a trabajar para empresas de blancos. La lengua indígena comienza a perderse, y el sistema religioso se tambalea. Todos los cambios iban en detrimento de la cultura aborigen. Pero lo que interesa destacar respecto al tema que nos ocupa es que la pérdida del control sobre todos los aspectos de la cultura perjudicaba preferentemente a la clase superior y sus anteriores funciones, que pasan a ser suplantadas por agentes externos e incontrolables. De este modo la clase superior pierde toda posible función o legitimación dirigente, quedando igualada a los plebeyos. Las diferencias entre los distintos estratos no sólo habían disminuido considerablemente (Van den Brink, 1974: 106-7), sino que desaparecen al quedar sin contenido operativo o legitimador, quedando en puramente nominales.

h) Si los datos demográficos del período de la aculturación son escasos y no siempre fiables, éstos son cada vez más numerosos y ajustados a lo largo de este período. Y aunque los cálculos de despoblación pueden quedar deformados por los errores en las cifras del contacto, en este período no cabe la menor duda de la existencia de una fuerte despoblación (Ruyle, 1973: 608; Codere, 1961: 456; Van den Brink, 1974: 23; Fisher, 1978), hasta el punto de que no parece muy desorientado estimar que hacia 1885 la población indígena de la Costa Noroeste no llegaba a alcanzar el 30 % de la existente hacia 1780, y hacia 1920 no llegaba al 20 % de la misma <sup>4</sup>. Si tenemos en cuenta que el número de status era fijo y que las estimaciones suelen considerar que el porcentaje de la nobleza debía rondar el 20 % del total demográfico, resulta que todo este conjunto de factores, junto con la despoblación, no sólo permitieron acceder a títulos nobiliarios a individuos que por herencia no hubiesen tenido ninguna posibilidad en la sociedad aborigen, sino que ahora todos los supervivientes, o la inmensa mayoría, han pasado a ser nobles. Las diferencias sociales han quedado así definitivamente eliminadas. Pero además, ningún indígena de la Costa

---

<sup>4</sup> Estimaciones basadas en los mismos datos de la nota anterior.

Noroeste estaría dispuesto a reconocer públicamente —ante un antropólogo, por ejemplo— su ascendencia inferior. De hecho, los peores insultos consistían y siguen consistiendo en recordar a alguien que es huérfano —con lo que sus padres no pueden ofrecerle a uno un status elevado— o descendiente de esclavos (Boas, 1924: 331; Collins, 1950: 339).

i) Aunque algunos grupos habían logrado mantener cierta autonomía cultural hasta 1860 y trataban de reafirmar con vigor su cultura (los Kwakiutl aún estaban desarrollando el apogeo formal del potlatch y el ceremonial de invierno, y el desarrollo artístico de los Haída llegaba al extremo de que sus poblados parecían a lo lejos bosques de postes heráldicos), lo cierto es que estos rasgos sólo pueden contemplarse como intentos de reafirmar la identidad y la cultura indígena en respuesta a la clara conciencia de la inminente destrucción demográfica y cultural a manos de los colonos euroamericanos, dentro de una situación en la que ya todo escapa a su control (Wilson Duff y Susan Reid, en Fisher, 1978: 118). Desgraciadamente esos rasgos aislados y deformados eran el último canto del cisne de la cultura aborígen.

Este es el panorama que encontró Boas, que tuvo que emplear grandes esfuerzos para convencer a los indios de que él no era un «agente indio» del gobierno (Stocking, 1982: 83-6, 124-27), y en defensa de él habría que considerar que ante tal situación no es de extrañar que las informaciones sobre la estratificación social sean más claras en los primeros viajeros que las suyas propias. Y este es también el panorama que podían recordar los informantes indígenas cuando la generación de Philip Drucker fue a realizar sus trabajos de campo de «salvamento etnográfico» en la década de 1930. Por lo tanto, sólo teniendo en cuenta en todo momento este proceso diacrónico de aculturación se podrán enfocar adecuadamente las investigaciones que se orientan a la reconstrucción de la cultura aborígen en el momento del contacto, y se podrán ir despejando las innumerables incógnitas que nos siguen ocultando la visión más ajustada de la realidad cultural indígena de la Costa Noroeste en su estado genuino.

## BIBLIOGRAFIA

ADAMS, John Winthrop:

1973 «Coment to Ruyle», en Ruyle, 1973: 618.

1981 «Recent Ethnology of the Northwest Coast», *Annual Review of Anthropology*, vol. 10: 361-392. Palo Alto, Ca.

AMES, Kenneth M.:

1981 «The Evolution of Social Ranking on the Northwest Coast of North America», *American Antiquity*, vol. 46, n.º 4: 789-805. Salt Lake City.

ARTEAGA Y BAZAN, Ignacio Fernando:

1975 «Diario de navegación...», *Colección de Diarios y Relaciones para la Historia de los*

- (1779) *Viajes y Descubrimientos*, vol. VII: 11-162. CSIC—Instituto Histórico de la Marina, Madrid.
- BOAS, Franz:
- 1924 «The Social Organization of the Tribes of the North Pacific Coast», *American Anthropologist*, vol. 26, n.º 3: 323-32.
- 1982 «Summary of the Work of the Committee in British Columbia», en *The Shaping of*
- (1899) *American Anthropology, A Franz Boas Reader*. G. W. Stocking, Jr., Ed., pp. 88-107. Chicago: The University of Chicago Press.
- BODEGA Y QUADRA Juan Francisco de la:
- 1943 «Navegación hecha por D... a los descubrimientos de los Mares y Costas Septentrionales de California», *Colección de Diarios y Relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos*, vol. II: 102-143. Madrid: CSIC-Instituto Histórico de la Marina.
- CAAMAÑO MORALEJA, Jacinto:
- 1975 «Extracto del Diario de las navegaciones, exploraciones y descubrimientos hechos
- (1792) en la América Septentrional...», *Colección de Diarios y Relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos*, vol. VII: 163-241. Madrid: CSIC-Instituto Histórico de la Marina.
- CODERE, Helen:
- 1950 *Fighting with Property: A study of Kwakiutl Potlatching and Warfare: 1792-1950*. Monographs of the American Ethnological Society: 18.
- 1957 «Kwakiutl Society: Rank without Class», *American Anthropologist*, vol. 59: 473-86.
- 1961 «Kwakiutl», en *Perspectives in American Indian Culture Change*. E. H. Spicer, Ed., pp. 431-516. Chicago: The University of Chicago Press.
- COLLINS, June McCormick:
- 1950 «Growth of Class Distinctions and Political Authority among the Skagit Indians during de Contact Period», *American Anthropologist*, vol. 52, n.º 3: 331-342. Washington D.C.: The American Anthropological Association.
- COOK, James:
- 1982 *Tercer Viaje. Diarios de 1776 a 1780*. Palma de Mallorca: José J. de Olañeta.
- (1780)
- DONALD, Leland H.:
- 1985 «On the Possibility of Social Class in Societies Based on Extractive Subsistence», en *Status, Structure and Stratification: Current Archaeological Reconstructions*. M. Thompson, M. T. García & F. Kense, Eds., pp. 237-243. Calgary: University of Calgary.
- DRUCKER, Philip:
- 1939 «Rank, Wealth and Kinship in Northwest Coast Society», *American Anthropologist*, vol. 41, n.º 1: 55-65.
- 1951 *The Northern and Central Nootkan Tribes*. Washington D. C.: Bureau of American Ethnology, Bulletin, 144.
- FERGUSON, R. Brian:
- 1983 «Warfare and Redistributive Exchange on the Northwest Coast», en *The Development of Political Organization in Native North America*. E. Tooker, Ed., pp. 133-147. Washington D. C.: 1979 Proceedings of the American Ethnological Society.

FISHER, Robin:

- 1978 *Contact and Conflict. Indian-European Relations in British Columbia, 1774-1890*. Vancouver: University of British Columbia Press.

FLANNERY, Kent V.:

- 1975 «La evolución cultural de las civilizaciones». *Cuadernos Anagrama*, n.º 103. Barcelona: Anagrama.

FRIED, Morton H.:

- 1967 *The Evolution of Political Society*. New York: Random House.

GARFIELD, Viola Edmundson:

- 1951 «The Tsimshian and their Neighbors», en *The Tsimshian: Their Arts and Music*. V. E. Garfield, P. S. Wingert & M. Barbeau, pp. 1-70. American Ethnological Society Publication, 18.

GRUMET, Robert Steven:

- 1975 «Changes in Coast Tsimshian Redistributive Activities in the Fort Simpson Region of British Columbia, 1788-1862», *Ethnohistory*, vol. 22, n.º4: 294-318. Lubbock, Texas: The American Society for Ethnohistory (Texas Tech University).

GUNTHER, Ferns:

- 1972 *Indian Life on the Northwest Coast of North America as Seen by the Early Explorers and Fur Traders During the Last Decades of the Eighteen Century*. Chicago & London: University of Chicago Press.

HODGE, Frederick Webb (Ed.):

- 1968 *Handbook of American Indians North of Mexico*. 2 vols. Washington D. C.: Bureau of (1912) American Ethnology, Bulletin, 30.

INGLIS, Richard, y George MACDONALD:

- 1975 «5.000 Years of History on the West Coast», *Canadian Geographical Journal*, vol. 91, n.º 6: 32-37. Ottawa.

JAWIT, John Rodgers:

- 1807 *A Journal, kept at Nootka Sound, by... one of the surviving crew of the Ship Boston, of Boston, John Salter, Commander, who was massacred on 22d of March, 1803...* Boston: Printed for the author.

LAGUNA, Frederica de:

- 1960 *The Story of a Tlingit Community: A problem in Relationship between Archaeological, Ethnological, and Historical Methods*. Washington D. C. Bureau of American Ethnology, Bulletin 172.
- 1972 *Under Mount Saint Elias: The History and Culture of the Yakutat Tlingit*. 3 vols. Washington D. C.: Smithsonian Contributions to Anthropology, 7.

MALASPINA, Alejandro:

- 1984 *Diario de Viaje. Diario científico político...* Madrid: El Museo Universal. (1792)

MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, Esteban José:

- 1964 «Diario de la navegación que... voy a executar al Pto. de Sn. Lorenzo de Nueva...», (1789) *Colección de Diarios y Relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos*, vol. VI. Madrid: CSIC-Instituto Histórico de la Marina.

## MITCHELL, Donald H.:

- 1985 «A Demographic Profile of Northwest Coast Slavery», en *Status, Structure and Stratification: Current Archaeological Reconstructions*. M. Thompson, M. T. Garcia & F. Kense, Fds., pp. 227-36. Calgary: University of Calgary.

## MOURELLE DE LA RUA, Francisco Antonio:

- 1971 «Diario de Mourelle. Viaje de 1775», en *Mourelle de la Rua: explorador del Pacífico*. (1776) A. Landín Carrasco, ed., Documento 1: 169-215. Madrid: Eds. Cultura Hispánica.  
1971b «Diario de Mourelle. Viaje de 1779», en *Mourelle de la Rua: explorador del Pacífico*. (1780) A. Landín Carrasco Ed., Documento 2: 217-269. Madrid: Eds. Cultura Hispánica.

## MOZIÑO SUÁREZ DE FIGUEROA, José Mariano:

- 1913 *Noticias de Nutka...* México D. F.: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística-  
(1793) Secretaría de Fomento.

## ROHNER, Ronald P. y Evelyn C. ROHNER:

- 1970 *The Kwakiutl: Indians of British Columbia*. New York: Holt, Rinehart & Winston.

## RUYLE, Eugene E.:

- 1973 «Slavery, Surplus, and Stratification on the Northwest Coast: the Ethnoenergetics of an Incipient Stratification System», *Current Anthropology*, vol. 14, n.º 5: 603-631. Chicago.

## STOCKING, George W., Jr. (Ed.):

- 1982 *A Franz Boas Reader: The Shaping of American Anthropology, 1883-1911*. Chicago & (1974) London: University of Chicago Press.

## SUTTLES, Wayne:

- 1951 «The Early Diffusion of the Potato among the Coast Salish», *South western Journal of Anthropology*, n.º 7: 272-85. Albuquerque: The University of New Mexico. Reimpreso en Suttles 1987: 137-51.  
1963 «The Persistence of Intervillage Ties among the Coast Salish», *Ethnology*, vol. 2: 512-25. University of Pittsburgh.  
1987 *Coast Salish Essays*. Vancouver: Talonbooks / Seattle & London: University of Washington Press.  
1987b «Cultural Diversity within the Coast Salish Continuum», en *Ethnicity and Culture*. R. Auger, M. F. Glass, S. MacFachern & P. H. McCartney, Eds., pp. 242-249. Calgary: Archaeological Association, University of Calgary.

## SWANTON, John R.:

- 1952 *The Indian Tribes of North America*. Washington D. C.: Bureau of American Ethnology, Bulletin. 145.

## USHFR, Jean:

- 1974 *William Duncan of Metlakatla: A Victorian Missionary in British Columbia*. Ottawa: National Museums of Canada, National Museum of Man Publications in History, n.º 5.

## VAN DEN BRINK, J. H.:

- 1974 *The Haida Indians: Cultural Change mainly between 1876-1970*. Leiden: E. J. Brill.